

pues de varias horas de discusion, se habia suspendido la sesion para continuarla al dia siguiente; pero el ministro no se atrevió á presentarse de nuevo. Completamente batido desde el primer dia no habia querido volver á entrar en liza, y habia regresado inmediatamente á Ginebra. Fué invitado á volver, y para obligarle escitando su honor, se divulgó esta invitacion fijando carteles públicos; se le enviaron tambien de parte del Duque de Saboya los salvo-conduc-tos mas amplios: pero todo fué inútil, y entonces el Baron de Avully se determinó á mandar imprimir el acta de la primera conferencia (1).

Así estaban las cosas en Thonon cuando llegó Francisco, encontrando los espíritus fuertemente escitados, tanto con la publicacion del acta como por la negativa de Lignarius á ir á continuar la discusion, á consecuencia de lo cual un caballero calvinista del pais de Vaud, llamado Fernando Bouvier, se preparaba á dar al mundo un grande ejemplo. Un encuentro providencial le habia puesto en relacion con Francisco. Un dia que se entregaba al placer de la caza en compañía del Marqués de Lullin, su pariente, vió retroceder con espanto los perros que habia lanzado en persecucion de la caza, y habiéndose adelantado para reconocer la causa, encontró con grande admiracion suya un numeroso pueblo colocado alrededor de Francisco, el cual, sentado sobre una gran piedra en medio del campo, y sin ser protegido por ninguna sombra de los ardores de un sol abrasador, predicaba con fuego la doctrina católica; se detuvo á escucharle, y la sabiduría del lenguaje, tanto como la uncion y el fervor del predicador, le impresionaron singularmente. Despues habia ido varias veces á buscar en secreto al santo apóstol, y habia conferenciado con él sobre la religion. Ultimamente, la conducta de Lignarius y el acta de la conferencia acabaron de confirmarle en el pensamiento de que la doctrina de Calvino no tenia medios de sostenerse. Francisco esperaba hacer pronto de

(1) Dic. de Saboya, t. III, p. 382.—Carlos Aug. p. 163.

él una de sus conquistas, cuando Duplessis Mornay, ese hombre no menos distinguido por su pluma que por su espada, que pasaba por el mas sabio y hábil de los calvinistas, ese hombre que se habia hecho el gefe y alma del partido protestante, hasta el punto de ser llamado el papa de los hugonetes, hizo publicar un libro contra el sacrificio de la Misa. Bouvier se apresuró á leer esta obra, y los argumentos contra la doctrina católica le parecieron invulnerables. Llevó el libro á Francisco, y no encontrándole en casa se lo dejó sobre la mesa, con señales en los pasajes que mas le habian impresionado. Vuelto á su casa Francisco, recorre el libro, nota los principales errores que se encontraban en él, y arranca con un sentimiento de indignacion cuatro ó cinco hojas llenas de horribles blasfemias y calumnias atroces. Bouvier no tarda en venir. «Vuestro Duplessis Mornay, le dice el santo apóstol al verle llegar, es el mas imprudente embustero que he visto jamás;» y en prueba de ello le señala una multitud de pasajes de los Padres, trocados, alterados y desfigurados por el autor (1). Bouvier admirado, apenas podia creer á sus propios ojos, y Francisco continuó presentándole todas las imputaciones calumniosas que acumulaba Mornay contra la doctrina católica sobre el sacrificio de la Misa. El caballero no pudo decir otra cosa, sino que preguntaria á los ministros de Ginebra cómo justificarian el libro de Mornay. Lo hizo en efecto, y viendo que no contestaban nada razonable, se decidió á separarse de su partido. Francisco, lleno de gozo por su determinacion, le instruyó con gran esmero en toda la doctrina católica, y concluida esta

(1) El famoso Du Perron, Obispo de Evreux, apreciando este libro como San Francisco de Sales, declaró públicamente que podria mostrar en él quinientas falsificaciones. Mornay, picado en lo vivo, aceptó el reto: tuvo lugar una conferencia en el año 1600 en presencia de Enrique IV. Du Perron probó lo que habia espuesto, y Mornay se retiró confuso á su castillo de Saumur. Enrique, confirmado mas que nunca en la religion católica, dijo á Sully: «El Papa de los protestantes ha sido vencido.—Haceis bien en llamarle Papa, dijo Sully, porque ha de hacer á Du Perron cardenal.» En efecto, poco despues el soberano Pontífice dió la púrpura á Du Perron.

instruccion, Bouvier, derramando lágrimas de felicidad, hizo su abjuracion en manos del Obispo de Ginebra, cuando fué á Thonon para las Cuarenta Horas, de las que hablaremos en el libro siguiente (1).

Al mismo tiempo que instruía á su ilustre neófito, Francisco no descuidaba á los pobres del campo; recorría los países vecinos, las montañas y los valles, para buscar en ellos, á veces con peligro de su vida, las ovejas descarriadas, instruyéndolas y haciéndolas volver al aprisco (2). Visitaba al mismo tiempo con gran cuidado las iglesias que encontraba á su paso, y que el vandalismo hereje habia dejado en pié. El estado de pobreza y de soledad en que se encontraban escitaba su fervor; y en ninguna parte derramaba su corazon con mas consuelo, que en los lugares donde la oracion habia cesado hacia sesenta años, y donde no quedaban mas ornamentos que la fe, la piedad y la actitud religiosa del que adoraba allí al Señor (3). Trabajaba sin descanso tanto en la ciudad como en los campos, segun las necesidades mas urgentes, cuando nuevos negocios le llamaron á Annecy, á donde habia vuelto el Obispo despues que cesó la peste. Allí fué donde supo la noticia del tratado de Vervins, concluido el 2 de mayo de este año 1598, por la solicitud del piadoso Cardenal de Médicis, legado del Papa, y despues Papa bajo el nombre de Leon XI. Nada podia contribuir mas para la conversion del Chablais; porque este tratado, al mismo tiempo que volvía la paz á la Europa, aseguraba al Duque de Saboya la posesion del Chablais y del territorio de Ternier, dejando por árbitro al Papa de las diferencias que existian entre él y el Rey de Francia sobre el marquesado de Saluces. Por consiguiente, los pueblos no tenian ya que temer volver á caer bajo la dominacion de los Berneses, ni ser castigados por ellos por haber abrazado el catolicismo, lo cual era

(1) De Cambis, t. I, p. 267.—Carlos Aug., p. 164.

(2) Dep. de Francisco Favre.

(3) De Cambis, p. 201.

el mayor obstáculo á la conversion de todo este pais. Por eso el Obispo creyó debia dar á Dios solemnes acciones de gracias, celebrando en Thonon las oraciones de las Cuarenta Horas (1), tanto mas, cuanto que el éxito extraordinario que habian tenido las de Annemasse, les hacia esperar para estas, frutos semejantes. Encargó á Francisco, con quien habia concertado este proyecto, fuése á Chambéry á conferenciar con el Duque de Saboya, á quien se esperaba entonces en esta ciudad. No encontrándole allí Francisco se retiró al castillo de Sales para esperarle en él. A pesar del tierno afecto que profesaba á su familia, no estaba contento mientras allí permaneció. Lejos del teatro de su apostolado, su corazon sufría; el reposo le fatigaba; tenia sed de trabajos. «Me consumo, escribia á uno de sus amigos, esperando tanto tiempo al Duque de Saboya: si no viene la semana próxima, como dicen, volveré á esperarle en Thonon.» El Duque no llegó, en efecto, por entonces á Chambéry, y Francisco volvió á Thonon para continuar su amada obra.

El príncipe no llegó hasta el mes de julio, y el Obispo de Ginebra, sin duda para no distraer al santo apóstol de sus grandes trabajos, envió al P. Querubin á pedir parecer á Su Alteza, sobre el proyecto de celebrar en Thonon las oraciones de las Cuarenta Horas. El príncipe no solo aprobó este designio, sino que considerando útil desplegar en esta circunstancia un aparato capaz de dar una alta idea de la religion católica, se ofreció á pagar todos los gastos; dió al gobernador de la provincia y á los principales funcionarios la orden de suministrar á cada uno en su ramo lo que fuese necesario, envió muy ricas tapicerías de brocado de oro y plata con hábiles decoradores, y prometió asistir á esta augusta ceremonia, así que volviese de un viaje que tenia que hacer á Brescia. Por otra parte el soberano Pontífice, accediendo á la peticion del Obispo de Ginebra, concedió una indulgencia plenaria á los que fue-

(1) *Vida de Claudio Granerio*, p. 181.

ran á tomar parte en la solemnidad, y envió una suma de dinero considerable para contribuir á los gastos de la fiesta.

El Obispo de Ginebra publicó esta indulgencia en toda su diócesis, los Obispos de Sion y Lausana hicieron lo mismo en las suyas, de suerte que todo parecía prometer la mas numerosa concurrencia. Para poner como el último sello al interés de la ceremonia, se invitó á los ministros de Ginebra y Berna, para que fueran á conferenciar públicamente sobre la religion. Los síndicos de Ginebra unieron sus instancias á las solicitudes de los católicos, instando á los mas hábiles á continuar la lucha comenzada por el profesor Lignarius, esponiendo al efecto la poca consideracion que resultaria en general de su negativa para toda la reforma. Todo fué inútil; temian no solo al P. Querubin, sino aún mas al Prepósito, que se encontraba entonces en Thonon, y no se atrevieron á medirse con dos adversarios tan poderosos.

Mientras los ministros, con esta invencible negativa, acababan de hacerse despreciables, habiendo el Duque de Saboya llegado de Chambéry al fuerte de Barreux para que acabaran las fortificaciones, Francisco, que tenia varios negocios que comunicarle para el bien de su mision, fué á buscarle allí. Acogido por el Principe con la mayor bondad, le instruyó detalladamente del estado y progreso de la religion en el Chablais, y le espuso con una respetuosa libertad todo lo que Su Alteza podria hacer aún para conducir á un feliz término el bien comenzado. El Duque de Saboya le concedió todo lo que quiso, tanto con relacion á la restitution de los beneficios curados y á la supresion de las pensiones de los ministros, como respecto á la cesion de los bienes eclesiásticos poseidos por los caballeros de San Mauricio y San Lázaro (1).

Viendó Francisco colmados sus deseos, no pensó mas que en partir, cuando el Duque le ofreció una bella oca-

(1) Carlos Aug., p. 162.

sion de ejercitar su celo. Habia á la cabeza del regimiento del Chablais un coronel llamado Brotty, hereje muy obstinado; habiéndole mandado llamar el príncipe, le presentó á Francisco, para que este le resolviese todas las dificultades que le alejaban de la religion católica. La conferencia duró tres horas, durante las cuales el Duque los dejó solos para que pudieran discutir con mas libertad, pero habiendo tenido sin embargo la curiosidad de quedarse á la puerta para oírlos. Entrado de nuevo en la cámara: «Vamos á ver, dijo, ¿cuál de los dos es vencedor? ¿Reconoceis ahora, Brotty, la verdad de nuestra religion?» «Señor, contestó el coronel, no conozco la teología mas que de nombre, y así no es extraño que quede vencido en este género de combate. Pero he grabado bien en mi memoria los argumentos del Señor Prepósito; conferenciaré con los ministros, y así que vea claramente la verdad, la abrazaré.» El Duque, infiriendo de esta respuesta que Brotty vacilaba, se alegró de ello, le encargó que reflexionara seriamente, y realzó la escelencia del catolicismo con un gran elogio de las virtudes del apóstol del Chablais (1). Mas tarde veremos los felices frutos que tuvo esta primera entrevista.

(1) Carlos Aug., p. 163.